

El plebiscito de 1988 en el diario norpatagónico *Río Negro*

The 1988 plebiscite in the north Patagonian newspaper *Río Negro*

ALFREDO AZCOITIA¹

Resumen

El artículo propone recorrer la prensa argentina para analizar la trama informativa sobre el plebiscito de 1988 en Chile. Se centra en *Río Negro* por ser una de las voces más influyentes de la Norpatagonia, región que históricamente ha contado con una numerosa comunidad de migrantes chilenos, muchos de ellos exiliados que debieron escapar de la persecución desatada a partir del golpe de 1973. La hipótesis central es que el diario rionegrino, alineado en esos años con las políticas neoliberales, asumió una posición crítica con la continuidad de la dictadura chilena, pero favorable a su política económica, la cual comenzará a identificar como un camino exitoso a imitar. El trabajo analiza el escenario informativo configurado a través de las sucesivas notas publicadas por el diario; la inclusión y caracterización de los principales actores; y las memorias sobre el pasado reciente chileno que circularon y confrontaron a través de sus páginas.

Palabras clave: plebiscito, prensa, Norpatagonia, Chile.

Abstract

This article proposes a review of the Argentinean press in order to analyse the news coverage of the 1988 plebiscite in Chile. It focuses on *Río Negro* as one of the most influential voices in Norpatagonia, a region that historically has had a large community of Chilean migrants, many of them exiles who had to escape the persecution unleashed after the 1973 coup d'état. The central hypothesis is that the newspaper of *Río Negro*, aligned in those years with neoliberal policies, took a critical position towards the continuity of the Chilean dictatorship, but in favour of its economic policy, which it began to identify as a successful path to imitate. The paper analyses the information scenario configured through the successive articles published by the newspaper; the inclusion and

¹ CONICET/IIDyPCa/CEPAF/UNRN, aazcoitia@unrn.edu.ar, ORCID <https://orcid.org/0000-0002-1398-7655>

characterization of the main actors; and the memories of Chile's recent past that circulated and confronted through its pages.

Key words: plebiscite, press, Norpatagonia, Chile.

1. Introducción

El 10 de diciembre de 1983, Raúl Alfonsín asumió la presidencia de la Argentina en el marco de una región en la que aún predominaban los regímenes autoritarios. No obstante, el novel gobierno vislumbraba la emergencia de una nueva etapa histórica para Latinoamérica, caracterizada por dos desafíos claves: consolidar la democracia e impulsar la integración regional (Rodríguez 2011). En este contexto, Chile emergía como una pieza central para la profundización de ambos procesos. En este sentido, la firma de la Declaración Conjunta de Paz y Amistad en noviembre de 1984, que contó con un abrumador respaldo de la sociedad argentina², permitió desactivar definitivamente el conflicto por la delimitación del canal Beagle, condición necesaria para cualquier proyecto de integración. Asimismo, este contexto de paz favorecía el fortalecimiento del proceso de democratización argentino al contribuir a debilitar a las Fuerzas Armadas en tanto actor político (Battaglini 2013). Otro hecho significativo en este proceso fue el plebiscito de octubre de 1988, que debía definir entre la continuidad del dictador Augusto Pinochet o el inicio de la transición hacia un gobierno civil³. Esto generó gran expectativa en la Argentina, no solo por el carácter histórico de la consulta sino también porque predominaba la idea de que el fin de la dictadura chilena permitiría profundizar el proceso de democratización e integración regional.

En la Norpatagonia⁴ el plebiscito alcanzó una relevancia particular, tal como se desprende de las numerosas noticias sobre el tema que circularon en los distintos medios locales, como también de las múltiples manifestaciones realizadas en la región, que tuvieron como protagonista, aunque no excluyente, a las distintas organizaciones de migrantes chilenos. No resulta extraño si se tiene en cuenta que el proceso de territorialización de la Patagonia ha estado históricamente vinculado a Chile a través de una multiplicidad de procesos económicos, sociales y culturales que llegan hasta nuestros días. Asimismo, en el marco del golpe de Estado de 1973, la región funcionó como una suerte de frontera abierta que ofrecía a los perseguidos políticos la posibilidad de salvar la vida, principalmente a los que carecían de protección y contactos partidarios para organizar la huida (Gatica 2013). Con

² El acuerdo con Chile fue sometido a un plebiscito no vinculante, realizado el 25 de noviembre de 1984. El mismo contó con una gran participación popular y arrojó como resultado un 82% en favor del acuerdo impulsado por el ejecutivo nacional.

³ Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter definen la transición como el intervalo entre la disolución de un régimen autoritario y la instalación de otro orden político. Durante este período las reglas del juego se hallan en flujo y son objeto de disputa. Su desenlace puede ser democrático, autoritario o incluso revolucionario (1991).

⁴ La Norpatagonia es una región con límites difusos, a los fines de este artículo la circunscribiremos a las provincias argentinas de Río Negro y Neuquén.

el retorno de la democracia en la Argentina, emergieron numerosas organizaciones de exiliados en la región, que desarrollaron una intensa actividad de articulación con distintos representantes del ámbito político, sindical y de los derechos humanos, buscando establecer una red de solidaridades que permitieran amplificar las denuncias contra la dictadura y organizar actos en favor de la apertura democrática (Ertola y Schierloch 2019).

La elección de *Río Negro* no pretende condensar los discursos de la prensa norpatagónica, los cuales fueron tan numerosos como variados, sino centrar el análisis en el medio que mayor influencia ejercía en la opinión pública regional de entonces. Este periódico fue fundado por Fernando Emilio Rajneri en la ciudad rionegrina de General Roca, el 1° de mayo de 1912, demostrando tempranamente una clara vocación de erigirse en un actor político destacado de la Norpatagonia (Borrat 1989)⁵. En 1958 comenzó a publicarse diariamente, alcanzando el liderazgo regional en el transcurso de la década del sesenta, para convertirse en los años setenta y ochenta en uno de los medios de prensa más importantes del interior del país. Esto fue posible tanto por los vínculos políticos forjados por la familia fundadora y propietaria del diario, como por las continuas inversiones en equipamiento y la permanente actualización de su diagramación, lo que le permitió mantener su vigencia a lo largo del cambiante siglo XX (Bergonzi 2004).

En relación con su posicionamiento sobre el proceso político chileno, en 1973 *Río Negro* condenó abiertamente el golpe de Estado, no por afinidad con el gobierno de la Unidad Popular, al cual responsabilizaba de no hallar “soluciones concretas a los problemas coyunturales” por ser “desoladamente ineficaz”, sino porque entendía que al obturar la vía reformista la izquierda hallaría “justificación total a su apelación a la violencia” (*Río Negro* 17 de septiembre de 1973:10). En sus editoriales, el diario se identificaba con la compleja situación vivida allende la cordillera, sosteniendo que los lazos históricos y la larga frontera compartida por estas naciones hacían del “drama chileno” un problema argentino (*Río Negro* 17 de septiembre de 1973:10). Las noticias publicadas en las primeras semanas (re)presentaban un escenario económico en “descomposición” signado por el “caos” y la “ruina” (Azcoitia 2017). En sus páginas se advertía que la “reconstrucción” que la dictadura decía encarnar no sería equitativa a la hora de distribuir el “...sacrificio de todos los chilenos...” (Azcoitia 2017). Sin embargo, al producirse el golpe en la Argentina, el diario enfatizaría el estado de violencia, la inacción del gobierno democrático y la ausencia de soluciones, en tanto argumentos que justificaban la intervención militar, pero evitando asumir una posición explícitamente golpista (Valle 2020). Ytati Valle caracteriza como “pendular” la actitud del medio durante la dictadura, alternando la denuncia a la violación de los derechos humanos con el apoyo a las medidas económicas de tendencia liberal (2020).

El retorno a la democracia encontraría a *Río Negro* con una línea editorial abiertamente antagónica a las políticas que asociaba genéricamente con el “keynesianismo”, “estatismo”, y el “proteccionismo”, las cuales identificó en un primer momento con la gestión de Raúl Alfonsín (Azcoitia 2022). Para el

⁵ Para Héctor Borrat el periódico es un actor político en tanto su ámbito de actuación es el de influir en el proceso de toma de decisiones en el sistema político (1989).

diario, el “fracaso” de todas las alternativas al capitalismo neoliberal — tanto el socialismo real, inmerso en el proceso de reforma de la Perestroika, como el Estado benefactor, debilitado por los gobiernos conservadores europeos— dejaba solo dos opciones: “crecimiento injusto” o “estancamiento igualitario”. En este contexto, Chile comenzaba a emerger de sus páginas como un ejemplo de políticas económicas exitosas (Azcoitia 2022). En 1988, el diario se encontraba bajo la dirección de Nélida Rajneri de Gamba, hija del fundador e integrante de la familia propietaria, y alcanzaba una tirada promedio de 32.710 ejemplares diarios (Instituto Verificador de Circulación), consolidando su influencia política y cultural en la Norpatagonia.

En función de lo expuesto, el artículo propone recorrer las páginas del diario *Río Negro* para analizar la cobertura periodística sobre el plebiscito de 1988. Este abordaje permitirá identificar tanto la posición adoptada por un actor político central de la Norpatagonia, como los discursos que mayor influencia ejercieron en los sentidos que adquirió el proceso político chileno en la región. Se parte de la hipótesis de que el diario rionegrino, alineado en esos años con las políticas neoliberales, asumió una posición crítica con la continuidad de la dictadura chilena, pero favorable a su política económica, la que comenzará a identificar como un camino exitoso a imitar. Para corroborar dicha hipótesis, se analizarán las noticias, los artículos de opinión y las notas editoriales publicados por *Río Negro* entre el 1 de septiembre y el 30 de octubre de 1988, en las secciones de información internacional, nacional y regional. En esta pesquisa, el discurso no se concibe como un medio transparente por el cual se accede a una “realidad” externa a él, sino que, por el contrario, se asume como una forma de construir, mantener y reforzar interpretaciones sobre la misma, a través de la producción de representaciones de la sociedad, de sus actores, de sus prácticas, y del entramado de relaciones en las que se inscriben (Martín Rojo 1997; Chouliaraki y Fairclough 1999). Abordar la prensa desde esta perspectiva permite identificar las tensiones sociales y políticas que atravesaron el campo discursivo en el que se inscribió el diario y la forma en que las mismas se fueron plasmando en sus páginas a través de un discurso polifónico en el que se construyeron distintas identidades discursivas (Angenot 2010; Maingueneau y Charaudeau 2005).

El artículo se estructura en tres ejes. El primero, aborda el escenario informativo que fue configurándose a través de las sucesivas notas publicadas por el diario. El segundo, recorre la inclusión, jerarquización y caracterización de los principales actores. Y el tercero, analiza las memorias sobre el pasado reciente chileno que circularon y confrontaron a través de las páginas de *Río Negro*.

El imperio de la intolerancia

La producción de un temario evidencia la valoración del medio sobre los hechos y la intención de que sus lectores se apropien de ese orden o jerarquización de la realidad (Fontcuberta y Borrat 2006). En el caso de *Río Negro*, las numerosas tapas, noticias, notas de opinión y editoriales publicados entre los meses de septiembre y octubre de 1988, muchas de las cuales tuvieron a la Norpatagonia como escenario, evidencian la importancia que el diario le asignó a un tema destacado a nivel nacional y de gran impacto local. Asimismo, este medio no se limitó a cubrir el plebiscito a través de las agencias

nacionales, internacionales o de la prensa extranjera, sino que decidió enviar un periodista⁶ de su *staff* para generar una narración propia sobre el trascendental proceso que estaba desarrollándose allende la cordillera.

Las notas publicadas por *Río Negro* construían un escenario en el que se solapaban diversas dimensiones. Por un lado, desde su espacio editorial, el diario sostenía que estaba produciéndose un cambio de época, una nueva etapa histórica en la que las principales potencias habían dejado de considerar aceptables “los regímenes autoritarios que afirman ser defensores de la civilización occidental contra sus enemigos marxistas” (*Río Negro* 24 de septiembre de 1988:10). Esto implicaba que “tarde o temprano, la democracia volverá a Chile y su destino dependerá de la voluntad popular y no de los caprichos de un solo hombre”. No obstante, pese a afirmar que Pinochet “parece ser consciente” (*Río Negro* 24 de septiembre de 1988:10) del carácter irrefrenable del proceso de democratización, la mayor parte de las noticias referidas a la coyuntura mostraban una dictadura que impostaba una voluntad de cambio de la cual carecía.

En este sentido, si bien por esos días se publicaron noticias sobre cierta “apertura” que comenzaba a experimentarse en Chile, tal como el levantamiento del estado de excepción (*Río Negro* 2 de septiembre de 1988:2); la recuperación de los muros como espacio de expresión artística y política (*Río Negro* 12 de septiembre de 1988:2); y el acceso de la oposición a los medios de comunicación, aclarando que solo sería por quince minutos al día, mientras durara la campaña (*Río Negro* 1 de septiembre de 1988:2), esos mismos artículos daban cuenta de que el plebiscito se desarrollaría en un contexto represivo; con opositores detenidos; un férreo control de la prensa y la prohibición de reunirse y manifestarse públicamente⁷. No obstante, las páginas de *Río Negro* transmitían una efervescencia callejera que se plasmaba en numerosas notas, como la de las protestas de “Madres, esposas, hermanas e hijas de izquierdistas muertos durante y después del golpe militar” (*Río Negro* 12 de septiembre de 1988:2), presentadas como novedad, dado que en el pasado habían sido “reprimidas con violencia por agentes del cuerpo de carabineros”⁸. En este punto, cabe destacar que en la agenda informativa del diario rionegrino las víctimas del terrorismo de Estado y sus familiares no adquirieron protagonismo en tanto colectivo. Como se analizará en el próximo apartado, a excepción de los partidos políticos, la Iglesia y el gobierno de los Estados Unidos, el conjunto de los actores que resistieron a la dictadura apareció en las páginas de *Río Negro* de manera difusa, como expresiones que podían irrumpir en el espacio público, pero de forma inorgánica. Las notas publicadas tras conocerse la postulación de Augusto Pinochet también dieron cuenta de las protestas contra la dictadura, señalando la existencia de “manifestaciones en los barrios de la periferia” y de un “sostenido y ensordecedor golpeteo de

⁶

⁷ O'Donnell y Schmitter señalan que la “liberalización” marca el inicio de la transición política y consiste en ampliar y hacer efectivos ciertos derechos individuales y colectivos frente a la arbitrariedad estatal. Incluye garantías clásicas como el habeas corpus, la libertad de expresión, de asociación y de movimiento. Aunque depende de la voluntad del régimen y es inicialmente frágil, tiende a institucionalizarse en la medida en que no amenaza su continuidad inmediata. De este modo, incrementa los costos de una eventual reversión y abre el camino hacia la democratización (1991). **Este año no coincide con lo indicado en la Bibliografía, corroborar**

⁸ *Id.*

cacerolas”. A través de la referencia espacial de unas y la modalidad de las otras, se destacaba la amplitud del arco social que se oponían a la continuidad del régimen. La noticia se completaba con el asesinato de unos manifestantes, “baleados” por “desconocidos” que “huyeron” (*Río Negro* 1 de septiembre de 1988:3), instalando al miedo como otro protagonista del plebiscito.

Sin embargo, este miedo que recorría la mayor parte de las noticias que llegaban a los lectores del diario no tenía un único destinatario ni un sentido unívoco. Para el cronista enviado por *Río Negro*, el “miedo” era un claro adversario del “No”. Arribaba a esta conclusión luego de cuestionar al Partido Comunista (PC) por poner en duda el reconocimiento de los resultados en caso de triunfar el “Sí”, y por llamar a la conformación de un gobierno paralelo. En la misma nota podía leerse el testimonio de un taxista expresando su temor a la vuelta de “los tiempos de Allende” (*Río Negro* 3 de octubre de 1988:2); o de una “joven” que, “como muchos de su generación”, afirmaba el periodista sin aportar datos que respaldaran dicha aseveración, “desean que... Pinochet se mantenga en el poder y que “los comunistas y todo aquel perfil ideológico con tintes progresistas desaparezca” (*Río Negro* 3 de octubre de 1988:2). Otro de los entrevistados sostenía incluso que le agradaba vivir en un régimen militar (*Río Negro* 4 de octubre de 1988), lo que el cronista referenció en la España de Franco, sin contextualizar ni reflexionar en torno a las implicancias de dicha afirmación⁹. La inclusión de estas voces, que operaban como condensación del sentir de la “gente común”, imprimía un carácter policlasista al colectivo que apoyaba la continuidad de la dictadura, el que ya no se limitaba a “empresarios” y “prensa controlada por el régimen” (*Río Negro* 1 de septiembre de 1988:2), como sostenían las primeras notas publicadas sobre el tema. El contexto regional emergía como otro factor que incrementaba el temor en torno al cambio. En una entrevista a Alejandro Foxley, presentado como “uno de los economistas más influyentes de este país”, se señalaba que otro motivo que explicaba el apoyo al “Sí” eran las “dificultades” por las que atravesaban “los procesos de transición” en Argentina, Perú y Brasil, lo que alimentaba “la imagen de que no hay beneficios con la democracia plena”. En la misma nota, el cronista rionegrino afirmaba que desde el comando del No se percibía que en Chile no estaba produciéndose una “fractura clásica”, en la que después de años de “régimen castrense” quedaba la “sociedad por un lado y Fuerzas Armadas por el otro” (*Río Negro* 4 de octubre de 1988). De esta forma, comenzaba a delinearse un escenario en el que se enfrentaban dos fuerzas equivalentes, tanto por su número como por su composición social, disputándose el futuro de Chile.

Estos análisis, testimonios e impresiones que daban cuenta de una sociedad dividida en partes iguales, parecían corroborarse en los números. En una nota publicada en *El País*, medio al que recurría con mucha frecuencia el diario rionegrino¹⁰, se afirmaba que las encuestas marcaban la existencia

⁹ Esta referencia no resulta sorprendente si se considera que 1988 fue el momento de auge de la idea de España como transición modélica, con Latinoamérica como espacio privilegiado de influencia. En el caso chileno, debe añadirse que, aunque el exilio en España no alcanzó grandes dimensiones, se establecieron vínculos sólidos entre partidos políticos y organizaciones españolas y la oposición a la dictadura pinochetista. En este contexto, en septiembre de 1987 se conformó en Madrid el Comité de Apoyo a las Elecciones Libres en Chile, al que se sumaron diversas fuerzas políticas y sindicales. A partir de febrero de 1988, dicho comité emprendió campañas de recaudación de fondos destinadas a respaldar al Comando Nacional por el NO (García Gutiérrez 2015).

¹⁰ Como sostiene Héctor Borrat, los medios usados como fuentes de atribución directa son los de mayor prestigio nacional y/o internacional y los más cercanos ideológicamente al periódico que los utiliza. La frecuencia con la que *Río Negro* reproduce notas y editoriales de *El País* evidencian

de “dos bandos en disputa” con una “estrecha franja de indecisos”, que serían finalmente quienes acabarían definiendo el “modelo de sociedad para la próxima década” (*Río Negro* 1 de octubre de 1988:3). Las crónicas del periodista rionegrino imprimían un dramatismo mayor a este enfrentamiento, el que desbordaba el mero enfrentamiento electoral, al advertir que “por momentos parece que solo queda dirimir las diferencias mediante la muerte”. La nota identificaba la “intolerancia” como marca constitutiva de una sociedad profundamente dividida, a la vez que formulaba una pregunta que encerraba una duda inquietante sobre el futuro inmediato de Chile: “¿España del 36?” (*Río Negro* 3 de octubre de 1988:2). Volvía así a apelar a esa experiencia histórica como posible marco interpretativo para comprender el proceso político y social que se desarrollaba allende la cordillera. En la misma línea, en una nota publicada por el *New York Times*, José Donoso afirmaba que en Chile había “subido la ansiedad y la esperanza”, pero advertía también que “Los ánimos están caldeados, y las discusiones ya no son civilizadas sino agresivas”. Agregaba que los líderes de la oposición aceptarían el triunfo del “Si” solo en caso de que fuera por un amplio margen, mientras caracterizaba a quienes apoyaban la continuidad del régimen “como toros bravos en una plaza: ven rojo por todas partes, y tienden a punzar y extraer sangre”. Sobre el final, el prestigioso escritor chileno señalaba los peligros que acechaban en Chile al afirmar que “si las fuerzas armadas tuvieran que intervenir para forzar un triunfo estrecho para Pinochet, eso podría causar un baño de sangre” (*Río Negro* 11 de septiembre de 1988:2).

A pocos días de oficializado el plebiscito, se conoció la noticia sobre la decisión de la dictadura de permitir el retorno de chilenos “obligados a vivir fuera de su patria por sus convicciones políticas” (*Río Negro* 2 de septiembre de 1988:2). Este constituía un tema muy importante en Chile, debido a que el régimen convirtió el exilio en una herramienta legal que permitió silenciar y excluir opositores políticos, muchos de los cuales habían sido dirigentes destacados durante los años del gobierno de la Unidad Popular (Lastra 2017). Según Soledad Lastra, las presiones internas y externas ejercidas sobre Pinochet favorecieron la definición de un campo de relaciones en el cual el retorno del exilio se convirtió en un tema ineludible en la negociación (2017). Esta medida habilitó en el diario una interesante controversia, que no solo permitió confrontar distintos sentidos atribuidos a la decisión del régimen, sino también al propio concepto de “exiliado”, en tanto colectivo. Con relación a la primera polémica, para los referentes de la Iglesia católica, la medida constituía “un paso muy positivo para la reconciliación y el encuentro de todos los chilenos”. En la misma línea, pero introduciendo un matiz al plantear la desconfianza sobre las intenciones que la impulsaron, Patricio Aylwin¹¹, a cargo de la vocería de la Concertación de Partidos por el No, sostenía que “más vale tarde que nunca”, a la vez que caracterizaba la decisión de Pinochet como “típicamente electoral”, tendiente a “mejorar su imagen en vísperas del plebiscito” (*Río Negro* 2 de septiembre de 1988: 2). También se encontraban quienes la interpretaban como una “conquista” de la presión democrática del pueblo (*Río Negro* 3

que el diario español era una referencia ineludible para el medio rionegrino (1989). *El País*, perteneciente a la Promotora de Información S. A. (PRISA), apareció por primera vez el 4 de mayo de 1976 convirtiéndose en un diario emblemático de la transición democrática española. Aunque a comienzos de la década de 1980 apoyó abiertamente a Felipe González, hacia 1988 denunciaba casos de corrupción y lo que interpretaba como un avasallamiento a la libertad de prensa por parte del PSOE (Fernández y Santana 2000).

¹¹ En agosto de 1987 Patricio Aylwin fue elegido presidente de la Democracia Cristiana.

de septiembre de 1988:5), recuperando así la capacidad política de la movilización. Por su parte, las voces oficialistas se dividían entre los que apoyaban la decisión de Pinochet por entender que estaba adaptándose a los tiempos de apertura que se avecinaba (*Río Negro* 3 de septiembre de 1988:5), y los que, como Sergio Jarpa, presidente del “derechista” partido Renovación Nacional, la criticaban por permitir el retorno de “los que están al servicio de Moscú” (*Río Negro* 2 de septiembre de 1988:2). Esta estigmatización del “exiliado”, en tanto figura que reactualizaba el pasado inscribiendo la disputa electoral en los marcos de la Guerra Fría, abrió la segunda polémica referida al tema. El propio *Río Negro* se hizo eco de esta interpretación al elogiar en su espacio editorial la “astucia” de Pinochet, que al permitir el regreso de “figuras exiliadas () ha logrado reavivar los recuerdos de la convulsiva gestión de la Unidad Popular” (*Río Negro* 24 de septiembre de 1988:10). La misma Isabel Allende, en una entrevista concedida al diario rionegrino, debió confrontar con esta construcción aclarando que “los exiliados no venimos con rencor. Simplemente queremos justicia y queremos que todos los chilenos, incluso aquellos que han sido nuestros opositores acérrimos, sepan que llegamos para reconstruir Chile” (*Río Negro* 25 de septiembre de 1988:10-11). Como afirma Cristina Moyano, en tanto sujetos activos en la construcción del mundo social, no puede hablarse de un exilio sino de múltiples exilios y retornos (Moyano 2011). Esto adquiere mayor relevancia aún en el caso de Chile, ya que será ese “campo de experiencias en interacción” el que habilite un profundo proceso de renovación de las izquierdas que cambiará decisivamente el escenario político-partidario¹². Sin embargo, la estrategia discursiva de la dictadura negaba la densidad y diversidad de estas trayectorias, convirtiéndolas en experiencias uniformes, referenciadas siempre en bloque socialista, transformando al exiliado en un Otro que condensaba un pasado caótico que amenazaba con volver. Estas dos representaciones se disputaban el sentido del exilio en las páginas del diario, sin embargo, al desplazarse a la Norpatagonia como escena de enunciación, el predominio de las narrativas que la configuraban como “víctimas” de la persecución dictatorial por sobre las que los (re)presentaban como “agentes del caos” fue absoluto.

La numerosa e histórica presencia de migrantes chilenos en la región, mucho de los cuales tuvieron que exiliarse a partir de 1973, permite comprender que las noticias sobre el plebiscito tuvieron a la Norpatagonia como escenario informativo destacado. Sin embargo, a diferencia de las noticias publicadas sobre lo que sucedía allende la cordillera, las generadas en la región estuvieron hegemonizadas por discursos que confrontaban abiertamente con la dictadura. Se publicaron diversas notas referidas a actividades como la organizada por el “Comité de Solidaridad con Chile”, en San Carlos de Bariloche, destinada a reunir fondos para costear viajes de residentes chilenos que quisieran participar del plebiscito. Proponían, además, conformar un grupo de observadores para “evitar que la dictadura de Pinochet perpetre un fraude electoral” (*Río Negro* 15 de septiembre de 1988:13). En las ciudades de General Roca y en Neuquén, la “Coordinadora de Solidaridad con el Pueblo de Chile”, el “Centro de Residentes Chilenos Violeta Parra” y el “Comité Chile Democrático”¹³,

¹² Cabe recordar que, en 1986, Norbert Lechner destacaba la importancia que había tenido la experiencia del exilio en el proceso de revalorización de la democracia por parte de cuadros e intelectuales de izquierda.

¹³ Esta organización, creada en 1984, desarrolló una intensa actividad de articulación con los representantes de todo el arco político y sindical regional y de derechos humanos, en busca de solidaridad, amplificación de denuncias y organización de actos en favor de la apertura democrática (Ertola y Schierloch 2019: 160).

organizaron una “votación simbólica” para que los migrantes de la región pudieran manifestar su voluntad frente a las opciones planteadas. En este marco, un diputado rionegrino solicitó un asueto generalizado en la provincia para facilitar la participación de los trabajadores trasandinos (*Río Negro* 5 de octubre de 1988:16). Por su parte, el “Comité Chile Democrático” invitaba a participar de la votación, a través de un documento que afirmaba: “en este acto eleccionario reflejamos la expresión de repudio del exilio frente a la dictadura de Pinochet, su constitución y fraude plebiscitario” (*Río Negro* 5 de octubre de 1988:16). La crónica periodística daba cuenta de que, una vez finalizada la consulta, las urnas fueron trasladadas “por una columna de estudiantes que recorrieron el trayecto hasta la plaza entonando consignas contra Pinochet” (*Río Negro* 6 de octubre de 1988:16). Cabe señalar que, en las páginas del diario, la “juventud” se constituyó en un actor destacado del proceso de movilización que recorrió las distintas localidades norpatagónicas. En este sentido, podía leerse que la Juventud Peronista Regional de General Roca convocaba a los jóvenes a movilizarse en solidaridad con “el pueblo chileno” (*Río Negro* 5 de octubre de 1988:16), mientras que la Juventud Radical de Cipolletti, denunciaba la intervención “del imperialismo yanqui” en el golpe de Estado contra Allende. En su discurso, la organización inscribía el plebiscito en un proceso regional de recuperación democrática, el que se fortalecería en la medida en que nuevos países logran superar el autoritarismo (*Río Negro* 7 de septiembre de 1988:13). Asimismo, la convención radical de Río Negro manifestaba en un documento que “mientras existan países dictatoriales en el continente no es posible proyectarnos con cierta solidez en los programas democráticos” (*Río Negro* 6 de octubre de 1988:16). Por su parte, el legislador rionegrino Miguel Ciliberto, quien asistió al plebiscito como veedor, afirmaba que “nos impulsa nuestra voluntad de unidad con los pueblos latinoamericanos y el convencimiento de que el camino de la democracia es el de la paz, la justicia y el desarrollo” (*Río Negro* 5 de octubre de 1988:16). Las concentraciones convocadas por partidos políticos y gremios en las ciudades de Cipolletti, Viedma y Villa Regina, llamaban a apoyar el “No a Pinochet” invocando a “la patria grande” en tanto lugar mítico de la unidad latinoamericana. Paralelamente, el comité de la Unión Cívica Radical de Viedma afirmaba que “... oponernos a la continuados (sic) del dictador chileno es optar por el campo popular frente a los sectores entreguistas del privilegio” (*Río Negro* 5 de octubre de 1988:16). En suma, a diferencia de las noticias que tenían a Chile como escenario, la Norpatagonia emergía de las páginas de *Río Negro* como un espacio homogéneamente adverso a la continuidad de la dictadura, con un predominio claro de discursos que se inscribían en la tradición latinoamericanista y antiimperialista, los cuales invocaban la democracia y la integración regional como imperativos de un destino común. Esta narrativa expresada en cánticos de manifestantes, declaraciones de políticos y documentos partidarios, gremiales o de organizaciones de migrantes, contrastaba con la línea editorial de un diario que, como se verá en los próximos apartados, sostenía que la etapa dictatorial debía ser superada, pero inscribiendo su argumentación en una trama de sentido totalmente distinta.

Finalmente, el 5 de octubre se realizó la votación que concluyó con el contundente triunfo del No. En los días posteriores, las páginas de *Río Negro* delinearon un escenario en el que se alternaban, por un lado, noticias que transmitían una marcada tensión e incertidumbre respecto de la reacción del oficialismo y la actitud de la oposición; y, por otro, artículos que comenzaban a configurar un horizonte de certeza, subrayando la continuidad institucional y económica.

Las primeras noticias evidenciaban un gobierno renuente a aceptar la derrota, reprimiendo violentamente el “masivo” festejo que habían desatado el triunfo del No y demorando el reconocimiento oficial de los resultados. En esos días, el cronista de *Río Negro* describía Santiago de Chile como “un hervidero de versiones, rumores y abundan los gases lacrimógenos en la Avenida Alameda” (*Río Negro* 7 de octubre de 1988:2). Sin embargo, estas notas no solo aludían a militares que, en este contexto, se juramentaban no permitir jamás “que nuestros hermanos caídos en combate el 11 de septiembre observen desde el más allá una actitud conciliadora o de traición y que nuestros corvos brillantes y acerados, estarán puestos al llamado de nuestro líder para defender al querido pueblo chileno, siempre vencedores, jamás vencidos”, sino también a quienes comenzaban a cuestionar dicho liderazgo (*Río Negro* 12 de octubre de 1988:2). Bajo el título “Críticas militares a Pinochet”, se publicaron las declaraciones de Gustavo Leigh y César Mendoza, excomandantes en jefe de la Fuerza Área y de Carabineros respectivamente, quienes responsabilizaban al dictador por la derrota instándolo a reconocer los resultados (*Río Negro* 14 de octubre:3. En la misma línea, se identificaba a Fernando Matthei, jefe de la Fuerza Aérea, y a Onofre Jarpa Reyes, líder de Renovación Nacional, como responsables de abortar los intentos de La Moneda de generar una situación caótica que habilitara alguna forma de continuidad dictatorial (*Río Negro* 12 de octubre de 1988:2).

Por primera vez en la cobertura del plebiscito, el diario explicitaba la existencia de una profunda división entre “militares proclives a endurecer las inevitables negociaciones” con la oposición y “quienes están imbuidos de mayor flexibilidad”, tras la “conmoción generada por el triunfo del “no”” (*Río Negro* 9 de octubre de 1988:2).

Por su parte, las noticias sobre la oposición no mostraban cambios sustanciales. En sus crónicas, el periodista rionegrino continuaba destacando las tensiones entre “radicalizados” y “moderados”. En este marco, la tensión se centraba en la relación con las FF. AA., mientras los primeros buscaban “hacer sentir” que eran las derrotadas en el plebiscito, los segundos “procuran lo imposible: hacer entender que el único derrotado es Pinochet” (*Río Negro* 7 de octubre de 1988:2). Esta caracterización se matizaba en las notas de las agencias extranjeras, donde se señalaba que el PC, si bien llamaba a las “organizaciones sociales” a “permanecer en estado de asamblea permanente, hasta el logro de los objetivos democráticos que fluyen de veredicto popular”, sostenía que la renuncia de Pinochet permitiría que “pudieran marchar juntos civiles y militares a la democracia en Chile” (*Río Negro* 9 de octubre de 1988:2). Los principales titulares del diario reflejaban también las demandas sobre el adelantamiento de las elecciones generales e incluso de una reforma constitucional (*Río Negro* 10 de octubre de 1988:3). El propio Patricio Aylwin planteaba esta última en una entrevista concedida a *El País*, donde, consultado sobre la Constitución de 1980, respondía que Chile “no solo votó contra Pinochet, sino que voto contra su régimen”, agregando luego que por ello era necesaria “una negociación entre los partidos democráticos y las Fuerzas Armadas” (*Río Negro* 9 de octubre de 1988:4). No obstante, en diálogo con *Río Negro*, Aylwin criticaba la “insensibilidad” del régimen en materia económica, se hacía eco de las denuncias registradas por la Comisión Chilena de Derechos Humanos entre 1981 y 1987 y sostenía que “Es hora de comenzar a recuperar la salud de este pueblo”. Al mismo tiempo, señalaba la existencia de una derecha democrática, pese a que en su momento apoyó el golpe de

Estado, que contraponía a la izquierda autoritaria, la que referenciaba con el PC (*Río Negro* 16 de octubre de 1988:10-11).

En paralelo a las noticias sobre las tensiones entre oficialismo y oposición, así como las disputas internas dentro de cada bloque, el diario publicó una serie de artículos, notas de opinión y editoriales que centraban su análisis en los aspectos estructurales que, a su entender, condicionaban el proceso de transición. La elección de títulos como “Perdieron, pero no tanto”, “Un “No” parcial” o “No hubo caos” subrayaban las continuidades que se proyectaban sobre el nuevo escenario.

Sin lugar a duda, fue en el terreno económico donde esto se planteó con mayor claridad. En una de sus crónicas, el periodista rionegrino afirmaba que, pese al temor que buscó instalar el oficialismo en torno al riesgo de corridas bancarias, aumentos espectaculares del dólar y anuncios de postergación de inversiones, finalmente nada de eso se había producido. En palabras de Guillermo Villaseca, titular de la Asociación de Bancos de Chile, “Nada grave sucederá, ya que la mayoría de los partidos políticos que integran el “sí” y el “no”, muestran una moderación muy importante cuando hablan de economía”. En la misma línea, el cronista destacaba que en los días previos “la totalidad de las cámaras empresarias, financieras y un gran número de economistas de prestigio, hablaron. Y sembraron confianza”. La nota subrayaba también que el presidente de la “todopoderosa” Confederación de la Producción y el Comercio, Manuel Felliú, sostenía que “Es la hora de no dejarse ganar por voceros de la incertidumbre”, haciendo luego un llamado a “seguir buscando las coincidencias para mejorar la convivencia entre los chilenos”. Por su parte, Fernando Agüero, titular de la Sociedad de Fomento Fabril, aseguraba que la situación era completamente normal, tras difundir un relevamiento sobre el presentimiento laboral en las principales empresas manufactureras de Santiago, el que arrojó como resultado “una asistencia plena de alrededor del 100 por ciento...”. El cronista aclaraba que, en la semana previa al plebiscito, las fuerzas del “Sí” buscaron instalar el peligro de “la desobediencia laboral, del estallido de un inmediato ausentismo al trabajo...”. En una entrevista concedida a *Río Negro*, Alejandro Foxley anunciaba la organización de “un seminario entre políticos y economistas” del “No”, con “todas las entidades empresarias del país”, afirmando: “Queremos que se sientan tranquilos y participes en este proceso de transición a la democracia plena. Nadie tiene que temer nada en las próximas semanas, meses y años”. El periodista argentino concluía que “nadie desde la oposición se atreve a invalidar todo el conjunto de medidas tomadas por la dictadura en el campo económico” (*Río Negro* 10 de octubre de 1988:2).

A diferencia de las notas sobre la continuidad económica, que se (re)presentaba como resultado del consenso derivado de su “éxito”, aquellas referidas a la permanencia político-institucional la describían en términos de imposición. En entrevista al diario rionegrino, Adolfo Suárez¹⁴ afirmaba que los militares chilenos “han preparado muy bien el terreno para seguir manteniendo cuotas de poder decisivas”. El cronista reforzaba esta apreciación con una breve síntesis de la Constitución

¹⁴ El expresidente español fue el mayor protagonista de la representación de ese país al liderar la Delegación Internacional auspiciada por el Instituto Nacional Demócrata para Asuntos Internacionales. A siete años de su dimisión, la figura de Adolfo Suárez se había convertido, junto con el Rey, en uno de los ejes vertebradores de la transición española a la democracia (García Gutiérrez 2015).

del 1980 y del funcionamiento del Consejo de Seguridad. En este punto, contrastaba la situación chilena con la experiencia argentina, señalando que: “A diferencia de Raúl Alfonsín, que pocas horas después de asumir ordenó el retiro de más de una treintena de generales, el futuro mandatario chileno deberá gobernar con casi todos los máximos mandos que conducen hoy las FFAA y carabineros”. Destacaba además el poder que conservaba Pinochet, el que no derivaba solo de su permanencia como comandante en jefe del Ejército, de su banca como senador vitalicio o del control que ejercería a través de los resortes institucionales habilitados por la Constitución impuesta durante la dictadura. El cronista aclaraba que este poder “está respaldado por un amplio sector de la vida chilena consustanciado ideológicamente con el régimen militar” (*Río Negro* 8 de octubre de 1988:3).

En su espacio editorial, *Río Negro* advertía sobre los riesgos que enfrentaría la oposición si intentaba “obligar a los militares a acelerar la transición”. El diario expresaba su sorpresa por el 43% de los chilenos adultos que “se solidarizan con un sistema autoritario, arbitrario y unipersonal que nadie en su sano juicio podría considerar democrático”, destacando este dato como un factor central para comprender el escenario político. En este sentido, sostenía que: “... es natural que muchos crean que la situación chilena pueda compararse con la España antes de la guerra civil, cuando una mayoría se había pronunciado en favor de partidos ya democráticos, ya revolucionarios, pero una minoría extensa y decidida estaba dispuesta a solidarizarse con una tiranía que solo podía ser impuesta por las armas”. En este sentido, el editorial comprendía a quienes se “han resignado a convivir con la transición tal como la ha programado el dictador, no porque haya reconocido su legitimidad sino porque son conscientes del todavía enorme poder del autoritarismo en su país y de los peligros que sin duda surgirán si intentaran obligarlo a desocupar con mayor rapidez el espacio político que desde tantos años están usurpando” (*Río Negro* 9 de octubre de 1988:10).

Pinochet contra los políticos, la Iglesia y la embajada

En las páginas de *Río Negro*, se recortaban del escenario informativo chileno, moldeado por el “temor” y el “enfrentamiento”, dos actores centrales. Por un lado, el dictador Augusto Pinochet y por el otro, los partidos de la oposición, entre los que se destacaba la figura del demócratacristiano Patricio Aylwin.

La mayoría de las noticias publicadas por el diario sostenían que la ciudadanía chilena volvía a las urnas para “ratificar o rechazar a Pinochet”, confirmando así su centralidad. En estas notas, el presidente *de facto* emergía como la figura que condensaba la experiencia dictatorial abierta en 1973, desplazando a un segundo plano a las Fuerzas Armadas, en tanto actor político. En relación con estas últimas, se abría un evidente espacio de disputa entre el oficialismo y parte de la oposición, ya que mientras para los primeros constituían una unidad indivisible con Pinochet; en el discurso de los segundos, las Fuerzas Armadas eran invocadas como un potencial aliado frente a las pretensiones continuistas del dictador.

Una de las notas en favor del régimen, publicadas por *Río Negro*, citaba al diario chileno *La Nación*, que caracterizaba a Pinochet como una figura “querida, respetada y conocida a lo largo del todo el país”.

En el mismo artículo, *El Mercurio* asumía la defensa del dictador ante las acusaciones por violaciones a los derechos humanos, atribuyéndolas a “atropellos y abusos en los que algunos pretenden ver responsabilidad del régimen” (*Río Negro* 1 de septiembre de 1988:2). Esta “memoria oficial de la dictadura” comenzaba a reconocer la existencia de delitos, pero solo en tanto “excesos” cometidos por algunos funcionarios (Garcés 2010). De este modo, se producía un desplazamiento de la responsabilidad, desde la dimensión institucional y política hacia una individual y moral.

En el marco de la “apertura” mencionada en el apartado anterior, se publicaron una serie de notas que daban cuenta de los intentos del dictador por reconvertirse en un “demócrata”. En este sentido, podía leerse al propio Pinochet constituido en un enunciador concesivo, llamando a construir una “nueva democracia”, la que, afirmaba, “debemos hacer eficiente y la tendremos que llevar por el camino de la armonía”. Agregaba luego una invitación “a quienes se sienten ajenos u opositores a esta obra, puesto que nuestra democracia tiene un lugar para todos” (*Río Negro* 2 de septiembre de 1988:2). Este Pinochet ecuménico que se recortaba de las páginas del diario interpelaba también a las mujeres, a quienes llamaba “mis amigas”¹⁵, prometiendo que los próximos años “serán para que gobiernen ustedes, porque a través de mí, gobiernan ustedes” (*Río Negro* 10 de septiembre de 1988:3).

En una carta abierta publicada en forma fragmentaria por el diario rionegrino, el dictador chileno afirmaba haber incorporado: “... a la administración del estado a los mejores, a personalidades jóvenes con mentes lúcidas y serenas, que han construido una democracia con un régimen económico fundado en la libertad, atajando el flagelo de la inflación, reduciendo la mortalidad infantil y creando más de un millón de puestos de trabajo”.

En el marco de este discurso modernizador que construía un presente económicamente pujante y políticamente armónico, Pinochet llamaba a los chilenos a “reflexionar para votar por realidades actuales que tiene su proyección segura en el mañana y no por un futuro ilusorio y muchas veces inalcanzable” (*Río Negro* 5 de septiembre de 1988:2). Este dictador en campaña llegó incluso a conceder un vago pedido de disculpas al afirmar: “Si hice alguna cosa mala, perdóneme. Pero creo que sumando y restando tengo más a favor que en contra”. Asimismo, negaba su propia condición al sostener que “un dictador no se fija tiempo, no se fija Constitución, no va a un plebiscito” (*Río Negro* 1 de octubre de 1988: 3).

Esta imagen de un Pinochet “moderado”, “conciliador” y “demócrata” que buscaba transmitir el discurso oficial, contrastaba con la mayoría de las notas publicadas por el diario rionegrino (*Río Negro* 4 de septiembre de 1988:4). Allí se (re)presentaba una oposición “totalmente escéptica respecto al supuesto cambio de general (sic) recordando las violaciones de los derechos humanos denunciadas durante su gobierno, especialmente en los primeros años”. Patricio Aylwin afirmaba que “Mal puede gobernar como demócrata quien ha demostrado a lo largo de 15 años mentalidad de dictador” (*Río*

¹⁵ En este punto cabe recordar el proceso de “feminización” del anticomunismo chileno, que Margaret Power comienza analizando con la “Campaña del Terror” desplegada a partir de 1964 y que luego se extenderá durante el gobierno de Salvador Allende, asociándolo con la idea de “destrucción de la familia” (2008).

Negro 11 de septiembre de 1988: 2-3). En un editorial reproducido por el *Río Negro*, el diario *El País*¹⁶ definía a Pinochet como “el dictador que más años ha mantenido el poder en la historia de esos país”, para agregar luego, apelando a la ironía, que este acababa de “anunciar al mundo que él también es un demócrata”. La nota finalizaba afirmando que, pese al intento de suavizar su perfil, Pinochet expresaba lo opuesto al consenso ya que “encarna todas las contradicciones y odios latentes en la sociedad chilena” (*Río Negro* 1 de octubre de 1988:3). Para retratar esta nota crítica sobre el travestismo del dictador, el diario rionegrino optó por una fotografía¹⁷ de Pinochet sin el uniforme militar, reforzando así la artificialidad de la operación al romper con el universo de imágenes con las que sus lectores estaban habituados a asociarlo. La “esquizofrenia ideológica”¹⁸ a la que aluden O'Donnell y Schmitter alcanzaba así su paroxismo, con una dictadura que reprimía mientras se presentaba como garante exclusivo de la democracia y la libertad (1991).

El otro actor destacado en las páginas del diario fue la oposición estructurada en partidos políticos. En este sentido, más allá del sesgo propio de la prensa que tiende a privilegiar a gobernantes o líderes por encima de otros colectivos sociales, no resulta extraño dicho protagonismo si se tiene en cuenta, como afirma Sofía Correa Sutil, que el triunfo del No fue el resultado de negociaciones y acuerdos entre dirigentes, y no de movilizaciones sociales insurreccionales (2018). Volviendo a *Río Negro*, las noticias referidas a la oposición delimitaban una frontera prácticamente infranqueable entre un sector “moderado”, integrado por las fuerzas que conformaban la Concertación de Partidos por el No; y otro (re)presentado como “radicalizado”, el cual se cristalizaba fundamentalmente en el PC. Este último emergía en la mayoría de las notas como un partido políticamente marginado, socialmente aislado y adoptando posiciones completamente disruptivas para el escenario chileno de 1988. En este sentido, la propuesta de sus referentes, instando “al pueblo a ganar la calle la noche del 5 de octubre”, ante la posibilidad de que la dictadura desconociera los resultados, era presentada como una posición que generaba “inquietud” y “temor” en la sociedad (*Río Negro* 28 de septiembre de 1988:2). El planteo de Volodia Teitelboim, histórico dirigente del PC, de conformar un gobierno provisional con representación de todas las fuerzas opositoras, en caso de triunfar el No, y así evitar que la transición quedara en manos de la dictadura, fue enmarcada por el diario en el “dilema entre el orden o el caos”, situando la propuesta en el segundo término del binomio. La nota mencionaba también el reciente retorno de Volodia a Chile “después de 15 años de exilio en la Unión Soviética” (*Río Negro* 25 de septiembre de 1988:2). Esta referencia, que aparentaba ser un mero dato descriptivo, operaba reforzando el sentido negativo que se buscaba imprimir a la propuesta, al apelar a la construcción del “exiliado” en

¹⁶ A diferencia de la interpretación del golpe de Estado chileno de 1973, donde sí existieron discrepancias, en 1988 todos los diarios españoles apostaron en sus editoriales por la victoria del “no”. Diarios como *El Alcázar*, vestigio de épocas pretéritas, habían desaparecido recientemente de los kioscos españoles, y periódicos conservadores como *ABC* o *Ya* se inclinaron también por la defensa de la democracia en Chile (García Gutiérrez 2015).

¹⁷ Entre el 1 de septiembre y el 29 de octubre de 1988 *Río Negro* publicó 24 fotos de Pinochet, solo en tres ocasiones apareció sin su uniforme. Las otras dos ocasiones en las que el dictador aparece vestido de civil corresponden a notas publicadas después de realizado el acto electoral.

¹⁸ Los autores sostienen que los regímenes autoritarios instaurados tras la Segunda Guerra Mundial ejercen la dictadura y la represión en el presente, pero se ven obligados a legitimarse mediante la promesa de democracia y libertad en el futuro. De este modo, solo pueden justificarse políticamente como poderes de transición, mientras procuran desviar la atención hacia sus realizaciones inmediatas, que en el caso típico se presentan como la consecución de la “paz social” o del desarrollo económico (1991).

tanto portador del caos. Las noticias publicadas por *Río Negro* carecían de toda contextualización y problematización sobre las posiciones asumidas por los referentes del PC, prevaleciendo así la estigmatización de estas, las cuales se inscribían en el marco interpretativo del sector “moderado” de la oposición, más afín a la línea editorial sostenida por el diario rionegrino.

En este sentido, la Democracia Cristiana (DC) y el Partido Socialista (PS) constituían la contracara del PC. Diversas notas publicadas en esos días deban cuenta de que estos partidos leían las propuestas de los comunistas como funcionales a la estrategia de Pinochet. A su vez, se señalaba que tanto la DC como PS se “esforzaban” en marcar diferencias en torno a la necesidad de garantizar una “transición pacífica” (*Río Negro* 28 de septiembre de 1988:2). En su discurso, Patricio Aylwin delimitaba una frontera entre un “nosotros” que buscaba construir un futuro democrático y en paz, y un “Otro” extremista y violento que, tanto por izquierda como por derecha, pretendía hundir a Chile en un pasado que debía superarse. Sin embargo, al ser entrevistada por *Río Negro*, Isabel Allende, referente del PS e hija del expresidente, introducía un matiz en esta narrativa al afirmar que las acciones violentas eran “producto de la desesperación de algunos sectores”, aclarando inmediatamente que “Hay que buscar otras vías para reconstruir la democracia en Chile” (*Río Negro* 25 de septiembre de 1988:10-11). De esta manera, ya no se trataba de dos violencias equivalentes destinadas a revivir un pasado de divisiones, sino que se establecía una distinción entre la ejercida por la dictadura y la empleada por quienes la confrontaban, esta última comprendida, aunque no compartida. Sin embargo, esto no implicaba la certeza de que la dictadura respetaría la institucionalidad impuesta por el propio régimen. En este sentido, al recorrer las noticias publicadas por *Río Negro*, se evidenciaba que los cuestionamientos planteados por referentes del PC en torno al proceso electoral y a la reacción del gobierno ante un resultado adverso eran compartidas por los “moderados”. La diferencia era que estos últimos no proponían ningún plan de acción alternativo que implicara enfrentarse con las Fuerzas Armadas. En este sentido, Ricardo Lagos, presidente del Partido por la Democracia, ante las mismas dudas planteadas por el PC se limitaba a afirmar: “esperamos que las Fuerzas Armadas () respetarán la voluntad soberana del pueblo” (*Río Negro* 28 de septiembre de 1988:2). Por su parte, Patricio Aylwin detallaba las medidas adoptadas por la oposición para controlar los sufragios, a la vez que sembraba sospechas sobre el proceso electoral al afirmar que existían “fundados motivos” para temer algún tipo de manipulación de los resultados entregados por el gobierno (*Río Negro* 5 de octubre de 1988:1). Una vez más, *Río Negro* recurrió a un editorial de *El País*, en esta oportunidad para advertir sobre los riesgos que encerraba la decisión de aceptar que Pinochet condujera el proceso de transición. La nota sostenía que, en caso de ganar el Si, la oposición le habría cedido el “inmerecido privilegio de presidir el camino a la democratización del país”, mientras que, si perdía, nada garantizaba que la dictadura respetaría el resultado (*Río Negro* 12 de septiembre de 1988:2).

En un segundo plano, se recortaban de las páginas del diario otros dos actores (re)presentados como opositores a la continuidad de la dictadura. Uno de ellos fue la Iglesia católica chilena, la que, en palabras del obispo de Santiago, cardenal Juan Francisco Fresno, exhortaba a la comunidad a buscar “la alternativa que asegure mejor el respeto por los derechos humanos y que evite el camino de la violencia fratricida”, además de garantizar “mayor justicia social y una economía solidaria” (*Río Negro*

8 de septiembre de 1988:2). Para el lector de *Río Negro*, estas demandas confrontaban abiertamente con el discurso de una dictadura que negaba tanto los crímenes cometidos, concediendo sólo la posibilidad de reconocerlos en tanto “errores” ocasionales, como las consecuencias sociales de la “modernización” capitalista impuesta. En una nota “especial para *Río Negro*”, lo que evidenciaba el interés del medio de generar una lectura propia sobre el tema, se analizaba el posicionamiento de la Iglesia frente al plebiscito, planteando la existencia de dos grupos, unos que entendían que la institución era parte de la oposición y otros que la cuestionaban por mantener una posición “ambigua”. Lejos de situarse como una voz equidistante frente a estas interpretaciones, el periodista establecía como “lo cierto” que la Iglesia había asumido “un papel en el plebiscito que molesta al gobierno”. En la nota se afirmaba que la elección de monseñor Carlos González como presidente de la Conferencia Episcopal Chilena era un indicio “del avance de los sectores progresistas dentro de la jerarquía católica chilena”. Asimismo, se citaba a referentes de la Pastoral Social afirmando que en Chile “hay miseria porque las riquezas se acumulan, que existe toda una estratificación social y económica que impide a los pobres superar esa situación, mientras posibilita a los ricos hacerse cada vez más ricos” (*Río Negro* 4 de octubre de 1988:3). En las páginas de *Río Negro*, la voz de la Iglesia fue de las pocas que cuestionó con énfasis y nitidez lo que señalaba como las consecuencias sociales del programa económico impuesto por la dictadura.

El otro actor que emergió de la superficie redaccional del diario confrontando con el régimen fue el gobierno de los Estados Unidos. Correa Sutil destaca el rol que cumplió la embajada por esos días, tanto por su decidido apoyo a las fuerzas opositoras, como por la presión diplomática que ejerció sobre la dictadura ante el temor a un posible fraude (2018). Desde fines de 1986, la Casa Blanca evaluaba que el apoyo a Pinochet se encontraba en declive, lo que podía derivar en una fuerte inestabilidad política y abrir la posibilidad de que la izquierda radicalizada capitalizara la situación, tal como había ocurrido con el sandinismo en 1979. En ese contexto, el secretario de Estado George P. Shultz instruyó al embajador Harry G. Barnes a impulsar un proceso de cambio democrático en Chile, procurando al mismo tiempo garantizar la continuidad del modelo económico (Apiolaza 2022).

Una de las primeras notas publicadas en el diario daba cuenta de la preocupación del gobierno norteamericano por lo que definía como la “desconfianza por la democracia y aparente tolerancia de las violaciones de los derechos humanos” demostrada por Augusto Pinochet. Si bien se aclaraba que “algunos funcionarios” norteamericanos destacaban el crecimiento alcanzado por las “políticas de mercado de economistas norteamericanos”; así como el pago puntual de su deuda; las facilidades para la inversión extranjera y las privatizaciones, no condenar el autoritarismo de la dictadura chilena podía constituir una amenaza para la estrategia hemisférica de Ronald Reagan de “promover la democracia en Nicaragua”. La nota finalizaba afirmando que “Cualesquiera sean las gratitudes que Pinochet haya generado en Washington por derrocar al presidente Salvador Allende en 1973 se han desvanecido por la forma en que se manejó con sus opositores” (*Río Negro* 3 de septiembre de 1988:5). Al acercarse la fecha de la consulta, las noticias daban cuenta de una dictadura cada vez más aislada, con el gobierno norteamericano expresando públicamente su “seria preocupación” ante la posibilidad de que se cancelara el plebiscito (*Río Negro* 4 de octubre de 1988:3).

El golpe de Estado, entre la glorificación y “el mal necesario”

Elizabeth Jelín define la memoria como la manera en que los sujetos construyen un sentido del pasado, el que se actualiza en su enlace con el presente y también con un futuro deseado. En el caso de los actores sociales y políticos, no solo tienen la intención de presentar en los escenarios públicos de actuación su narrativa del pasado, sino que luchan por imponer su versión como la dominante y convertirla en hegemónica (2017). Para Carolina García González, en el Chile de 1988 el peso de la memoria histórica sobre los hechos que marcaron el desarrollo de los últimos veinte años fue sumamente fuerte y se caracterizó por el temor a que volvieran a reeditarse (2006: 434). En relación con los discursos que recorrieron las páginas de *Río Negro*, los mismos evidenciaban que el plebiscito era concebido por sus protagonistas como la instancia decisiva de un largo proceso histórico y que la caracterización de este resultaba vital para imprimir el sentido de lo que la propia convocatoria ponía en juego.

En el caso de los discursos favorables a la intervención y continuidad de la dictadura, se construía un pasado signado por el caos, el que llegó a su fin gracias a la intervención militar, abriendo un período de orden y prosperidad económica que justificaría su continuidad hasta 1997. En una nota referida a los actos organizados por el régimen para conmemorar los 15 años del golpe de Estado, podía leerse a Augusto Pinochet afirmando que las Fuerzas Armadas “lucharon, cayeron y murieron () por defender la democracia en Chile” (*Río Negro* 11 de septiembre de 1988:2-3). El dictador glorificaba así el bombardeo a La Moneda, que dejaba de ser así el asedio de la aviación y el ejército a un puñado de civiles mal armados, para convertirse en una batalla épica por la defensa de la democracia ante el avance del marxismo internacional. Además de terminar con el caos, el discurso de la dictadura instauraba el orden económico impuesto, en su narrativa a partir de la toma misma del poder¹⁹, como un valor a atesorar. En una carta abierta de Pinochet, cuyos extractos fueron publicados por *Río Negro*, se contraponían los tiempos del gobierno de la Unidad Popular con el período dictatorial, estableciendo que la intervención militar había permitido transformar “un pueblo triste y empobrecido por el marxismo” en “una nación de progreso que somos hoy, donde el ingreso per cápita nos hace ocupar uno de los primeros puestos en Latinoamérica” (*Río Negro*: 5 de septiembre de 1988:2). Para Steve Stern, esta visión “salvadora”, con relación al rol que asumieron las Fuerzas Armadas en ese contexto histórico, tuvo vigencia en una parte importante de la sociedad, convirtiéndose en una de las memorias emblemáticas de la historia reciente de Chile (Stern citado por Jelín 2017: 43).

Como se evidenciaba en el diario, la campaña del oficialismo se estructuró en función del contraste presente-pasado, relacionando los años de la Unidad Popular con el “terror” y el “caos”, y un discurso economicista que destacaba la reconstrucción y modernización del país (García González 2006). Sin embargo, esta matriz no se encontró solo en los discursos que elaboraban una cerrada defensa del

¹⁹ Si bien el proyecto neoliberal venía gestándose desde fines de la década del 50, debieron transcurrir al menos dos años de debates internos e indefiniciones antes de que la dictadura se animara a aplicarlo en plenitud. Esto se debió al temor a agudizar el descontento social y a la falta inicial de consensos mínimos dentro del gobierno, donde coexistían tendencias nacionalistas, desarrollistas, corporativistas y neoliberales (Almonacid 2017; Salazar G. y Pinto 2010).

régimen también formó parte de la argumentación de algunos que impugnaban su continuidad. Este es el caso del *New York Times*, quien aseveraba en uno de sus editoriales que Pinochet “merece perder” por el “terrorismo” y “el abuso de las libertades”, a la vez que destacaba los logros económicos obtenidos durante esos años, afirmando incluso que esta “transformación no hubiera podido avanzar tan rápido si sus economistas no hubieran estado respaldados por el poder de la dictadura” (*Río Negro* 2 de septiembre de 1988:2). También estuvo presente en otras voces que se oponían abiertamente al “Sí”, como Jorge Edwards, quien en una nota de opinión en la que criticaba la campaña del miedo impulsada por la dictadura, afirmaba:

¿Quién cree en este final de siglo que la coyuntura histórica de comienzos de la década del setenta pueda repetirse hoy, a fines de los ochenta? El estatismo tan aborrecido, el centralismo burocrático, no solo retrocedieron entre nosotros. Retroceden a pasos agigantados en Hungría, en Checoslovaquia, en China, hasta en la Unión Soviética. En Hungría se habla de establecer una Bolsa de Comercio. En China, en la provincia de Cantón, los planes contemplan la entrega del setenta por ciento de la agricultura a manos privadas (*Río Negro* 1 de septiembre de 1988:3)

Se establecía así una variante de la lectura del pasado elaborada por la dictadura, la que compartía su caracterización de la experiencia de la Unidad Popular, como también, no siempre explicitándolo, la necesidad del golpe y de las transformaciones económicas impuestas. La divergencia estaba en el presente, mientras el oficialismo sostenía que dichos cambios constituían la base para su continuidad, este discurso establecía que la dictadura había cumplido su misión histórica y era necesario dar paso a una nueva etapa política.

Otra de las narraciones sobre el pasado que se recortaba en las páginas de *Río Negro*, cuyo exponente más visible era Patricio Aylwin, establecía un esquema binario que tenía como premisa la existencia de “dos violencias” equiparables, con un enunciador que se situaba ajeno a esta dinámica y encarnando una etapa superadora de la misma²⁰. Carolina García González brinda claves para comprender esta operación discursiva al afirmar que el golpe de Estado generó una memoria colectiva traumática que provocó una identificación de la democracia con el “caos” de la Unidad Popular y, a su vez, a este gobierno con el golpe, la represión y el autoritarismo que trajo aparejado (2006: 434). En este sentido, en el contexto del asesinato de un manifestante en una protesta contra la dictadura, el referente democristiano advertía a un *Otro negativo*²¹ que “pierden su tiempo quienes procuran, desde uno u otro extremo, revivir el pasado o provocar violencia con el fin de separarnos” (*Río Negro* 1 de septiembre de 1988:3). Esta afirmación, que condensaba muchas otras de la misma naturaleza que fueron vertidas durante esos días, construía un pasado violento en el que se fundían indistintamente la dictadura, quienes la combatieron y el propio gobierno de la Unidad Popular. De esta forma se aplanaba el pasado, convirtiéndose en un tiempo homogeneizado por la violencia, sin distinguir de manera clara a sus protagonistas, recortándose de esa niebla solo las siluetas de las Fuerzas Armadas

²⁰ Esta operación fue similar a la desplegada por Raúl Alfonsín a través de la equiparación de las violencias en la metáfora demoníaca, la que no solo pretendía erigirse en una explicación del pasado, sino también, separarlo del presente para construir un horizonte de expectativas colectivo (Franco 2015: 36).

²¹ Eliseo Verón define al *Otro negativo* como ese destinatario que habita el discurso político pero que no comparte las ideas y valores del enunciador, que no forma parte de su colectivo de identificación, el cual si integra el *Otro positivo* (1987).

y del gobierno de la Unidad Popular, fundamentalmente encarnados en las figuras de Pinochet y Allende. El PC era otro actor que se asociaba a esa época, mientras que los demócratacristianos y los socialistas quedaban prácticamente al margen de esa historia, como dos partidos sin pasado. En esta misma línea interpretativa se inscribían las afirmaciones del enviado especial de *Río Negro*, quien describía a Chile como “un país conmovido desde hace dos décadas por una historia preñada de aristas que hacen sangrar a los unos y a los otros” (*Río Negro* 4 de octubre de 1988), estableciendo una simetría entre represores y reprimidos.

Asimismo, este tipo de narraciones sobre el pasado tenía algunos puntos de contacto con la anterior en cuanto a las interpretaciones sobre las “transformaciones económicas” impuestas por la dictadura, las que oscilaban entre la ponderación de algunas de sus consecuencias y la resignación por la irreversibilidad de los cambios. No obstante, el propio Aylwin recordará, en una de sus intervenciones, el impacto negativo que tuvieron las políticas de la dictadura sobre el entramado industrial chileno. Cabe destacar que en las notas publicadas durante esos días prácticamente no existieron menciones al período de “Industrialización por sustitución de importaciones”, borrando de la historia el proceso abierto a partir de la década del treinta, tendiente a impulsar el desarrollo de una industrial nacional. Otra omisión en materia económica fue la profunda crisis que atravesó la dictadura durante 1982²², la que, según Tomás Moulián, terminó con “el sueño del progreso económico ininterrumpido de los tecnócratas neoliberales” (1997: 237). Esta ausencia en los discursos sobre el pasado venía a reinstaurar dicha ficción, construyendo la narrativa de un proceso de crecimiento económico continuo desde 1973 hasta el presente.

Estas interpretaciones se confrontaron con otras que rechazaban la intervención militar y sus consecuencias, atribuyendo la violencia exclusivamente a la reacción política y su brazo armado. Sin embargo, pese a rescatar a la Unidad Popular de ese pasado en el que todas las experiencias se fundían en la violencia, esta recuperación se limitó solo al respeto a las libertades civiles, estableciendo un claro contraste con los años de dictadura; o a destacar la figura de Salvador Allende, pero en términos personales más que políticos. En relación con esto último, se publicaron algunas notas referidas a los actos organizados el 11 de septiembre, en memoria del presidente asesinado, en las que se destacaba tanto “la persistente, casi mítica atracción que el extinto líder socialista ejerce sobre la izquierda chilena”, como el cariño expresado por la gente, pese a los años de persecución y a la inexistencia, hasta ese momento, de una placa que identificara el lugar de su tumba (*Río Negro* 12 de septiembre de 1988:3). Otras notas vinculadas al golpe destacaban la actitud de Allende en sus horas finales, su templanza y su preocupación por salvar a las mujeres que permanecían en el palacio de gobierno. En una entrevista a Danilo Bartulin, amigo personal del expresidente, se ponderaba la valentía y coherencia del mandatario, a la vez que cuestionaba su decisión de suicidarse, aventurando escenarios alternativos con un Allende vivo, para concluir que la dictadura “peor de lo que fue, no puede ser” (*Río Negro* 25 de septiembre de 1988:11). Estas notas destacaban incluso la coherencia

²² La crisis de deuda desatada en la región a partir de 1982 tuvo efectos devastadores para una economía chilena, al punto que pareció marcar el fin de la aventura neoliberal y de la ortodoxia de los *Chicago Boys* (Salazar y Pinto 2010).

política de Allende, pero sin reivindicar ningún aspecto de la experiencia histórica de la Unidad Popular. En una entrevista otorgada al diario rionegrino, Isabel Allende respondía ante la pregunta sobre su identificación con el socialismo: “... lo que quiero es un país con libertad y justicia social, con democracia. Quiero un Chile donde podamos convivir todos. Que nadie esté prohibido de hablar, de exponer sus puntos de vista. La Unidad Popular que lideró mi padre hizo eso...”. En sus palabras, la caracterización de esa experiencia parecía asemejarse más a un gobierno socialdemócrata europeo de los ochenta que a un proyecto que se asumía como marxista. Sobre el “caos” supuestamente generado por la Unidad Popular, Allende afirmaba: “No se puede igualar la falta de pasta de dientes o aceite con desaparecidos y torturados...” (*Río Negro* 25 de septiembre de 1988:10-11). En la misma línea, pero enfatizando la crueldad de la dictadura, el diario *El País* destacaba, en una nota sobre los quince años del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende, que “... el ejército, que había jurado lealtad a la Constitución y fidelidad al presidente democráticamente elegido, escogió la vía tradicional. Un sangriento golpe de Estado...”. La nota sindicaba luego a los que “prefieren cerrar los ojos” ante las violaciones a los derechos humanos cometidos por “los tiranos que concuerdan con sus intereses” y emplean el eufemismo de “régimen autoritario” (*Río Negro* 12 de septiembre de 1988:2).

El artículo de opinión de Raúl Morodo²³ publicado en *El País*, fue uno de los pocos que extendió su análisis del pasado más allá de 1973. En el mismo, señalaba que entre los años 1930 y 1973 la cultura política democrática chilena había sido la “más alta” de América Latina; con estabilidad institucional, vigencia plena de los derechos humanos y respeto pleno de las Fuerzas Armadas al poder civil. Definía a Salvador Allende como el “último presidente constitucional”, estableciendo que con el “golpe militar de 1973 () se quiebra una larga tradición de libertad y se instaura un nuevo régimen asentado en valores importados y extraños: doctrina política de la seguridad nacional y su brazo armado y excluyente: la dictadura militar”. En esta narración el golpe dejaba de ser tanto una gesta salvadora como un “mal necesario” o parte de una historia violenta en la que también se hundía la Unidad Popular, para convertirse en un quiebre profundo de una tradición democrática, de la que el gobierno de Salvador Allende formaba parte.

Esta lectura del pasado reciente, marginal en el resto de las notas publicadas por el diario, fue la que predominó en los artículos referenciados en la Norpatagonia. Las noticias sobre los actos convocados por organizaciones como “La Coordinadora de Partidos Políticos Argentino en Solidaridad con el Pueblo de Chile”, el “Comité Chile Democrático” o el “Centro de Residentes Chilenos Violeta Parra” (*Río Negro* 10 de septiembre de 1988:15), así como las que dieron cuenta de la decisión de la Universidad Nacional del Comahue de restituir el nombre de “Salvador Allende” para su Aula Magna (*Río Negro* 28 de octubre de 1988:13), marcaban un claro rescate de la figura del presidente chileno²⁴. Asimismo, las reivindicaciones no se limitaron solo al plano personal sino que se extendían a las políticas que

²³ Raúl Morodo es jurista, político y académico español. Fue diputado en las Cortes Generales y en el Parlamento Europeo, cargo que desempeñaba al momento de escribir la nota publicada por *Río Negro*.

²⁴ En 1973 el Consejo Superior de la Universidad del Comahue decidió homenajear al presidente recientemente derrocado, bautizando su aula Magna con el nombre de “Salvador Allende”. Dos años después, ya en el marco de la “depuración” ideológica impuesta por el interventor Dionisio Remus Tétu, se cambió el nombre de la sala por el de “Francisco P. Moreno”.

asociaban con su gobierno, tal como la equidad social y la integración regional, las cuales habían sido obturadas por un golpe de Estado, que se constituyó en el “brazo armado del imperialismo yanqui”, tal como rezaba el documento de Juventud Radical de Cipolletti (*Río Negro* 7 de septiembre de 1988:13).

El diario norpatagónico no estuvo ajeno a estas disputas sobre el sentido del pasado. En su espacio editorial, *Río Negro* fue desplegando en su argumentación una lectura sobre la historia reciente chilena que lo situó entre quienes condenaban la continuidad de la dictadura, pero interpretaban el golpe como un “mal necesario” que habilitó un ciclo de reformas positivas para la economía de ese país. Este posicionamiento se sostenía, en parte, en la construcción del caos de la Unidad Popular y la inevitabilidad de la intervención militar. En la nota titulada “Una transición diferente”, donde comparaba el final de la dictadura argentina con la situación chilena, el diario afirmaba:

muchos temen que el triunfo del “no” redundaría en una reedición de la situación anterior a 1973 cuando la minoría marxista podía, mediante acuerdos con los demás partidos, imponerse, procediendo a tratar de llevar a cabo una revolución más o menos pacífica y legal que inevitablemente provocaría la reacción contundente de las fuerzas armadas y sectores conservadores. (*Río Negro* 24 de septiembre de 1988:10)

Al (re)presentar al gobierno de la Unidad Popular como una “minoría marxista” e interpretar la negociación política con otros partidos como “imposición”, se relativizaban las credenciales democráticas de ese proceso, lo que era condición necesaria para justificar la intervención de las Fuerzas Armadas y el apoyo que la minoría conservadora le brindó. Para despejar toda duda en este sentido, el editorial explicitaba el carácter “inevitable” del golpe, en tanto “reacción” a ese intento de revolución “más o menos pacífica y legal”. En este punto se observa la continuidad discursiva del diario. En 1976 señalaba la violencia y la inacción del gobierno como condiciones que justificaban la intervención militar en la Argentina (Valle 2020). En 1986, Julio Rajneri retoma esa línea, pero desplazando la causa hacia la violencia de las organizaciones guerrilleras, reforzando la idea de que el golpe fue una reacción y no una iniciativa autónoma²⁵. El otro argumento sobre el que se sostenía la postura adoptada por el diario rionegrino era la ponderación de las “transformaciones económicas” impulsadas por el régimen de Augusto Pinochet. En la misma nota se señalaba que “después de muchos reveses”, uno de los pocos reconocimientos de que no había sido un proceso inmediato ni lineal, la dictadura había podido “inaugurar un período de crecimiento económico lo bastante impresionante como para hacer pensar a los chilenos que dentro de poco podrán sobrepasar a sus vecinos argentinos”. Luego de conceder que amplios sectores de la población eran muy pobres y quedaban al margen de este proceso, cerraba su argumentación sosteniendo que “lo mismo que Europa, la mayoría parece preferir el crecimiento injusto que el estancamiento igualitario” (*Río Negro* 24 de septiembre de 1988:10), en referencia a las protestas y transformaciones que estaban produciéndose tras la “cortina de hierro”. Unos días después, el diario celebraría en otro editorial lo que caracterizaba como la “evolución” del alfonsinismo,

²⁵ Julio Rajneri, hijo del fundador del diario, fue director de *Río Negro* durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX. Durante esas décadas se constituyó en una de las figuras políticas más relevantes de la Norpatagonia. En *Río Negro* fue convencional constituyente, diputado y ministro provincial, mientras que a nivel nacional llegó a ser ministro de Educación y Justicia del gobierno de Alfonsín en 1986. En ese mismo año publicó el libro *Los años ciegos*, donde recopiló parte de sus notas editoriales escritas durante los años en que se intensificaba la violencia política en la Argentina.

al señalar que el gobierno nacional había demostrado su capacidad de adaptarse al cambio mundial, abandonando las posiciones adoptadas desde el comienzo de la gestión para avanzar en el camino de la “desestatización”; la “desregulación” y la “descentralización”, entendidos como precondiciones para la “modernización” (Azcoitia 2022). Todas medidas que el diario oportunamente había ponderado en la experiencia chilena.

Conclusiones

El plebiscito de 1988 en Chile contó con una extensa cobertura por parte de *Río Negro*, que se explica tanto por las expectativas que generó dicho proceso en el contexto de repliegue de las dictaduras latinoamericanas, como por la histórica presencia de migrantes chilenos en la Norpatagonia. Esto adquiere mayor relevancia aún si se considera que la región fue uno de los principales destinos para los perseguidos por la dictadura pinochetista que carecían de redes para garantizar su huida.

Las noticias publicadas por el diario rionegrino (re)presentaron una sociedad atravesada por una profunda división, sobre la que se cernía la amenaza del conflicto armado. En varias notas, esa tensión se expresó mediante referencias directas a la experiencia de la guerra civil española. De este modo, el miedo y el enfrentamiento se constituyeron en los ejes centrales de la escena informativa. No obstante, tras el plebiscito, la incertidumbre respecto de la reacción del oficialismo y de sus tensiones con la oposición también dio lugar a artículos que comenzaban a destacar las continuidades institucionales y económicas como condiciones de posibilidad de la transición en curso, presentando a las primeras como una imposición y a las segundas como resultado del éxito de las políticas neoliberales.

En este marco, los antagonistas principales fueron el dictador Augusto Pinochet y los partidos de la oposición, acompañados en segundo plano por la Iglesia y el gobierno de Estados Unidos. Las tensiones más significativas se concentraron en el intento de Pinochet de presentarse como un demócrata modernizador de la economía, frente a la desconfianza opositora sobre la transparencia electoral y, sobre todo, la reacción del régimen ante una eventual derrota. El campo opositor, a su vez, contenía divisiones internas: un sector “moderado”, que disputaba dentro de la legalidad impuesta por la dictadura, y otro que la impugnaba relativizando su plexo normativo. En el discurso de los primeros, los segundos “asociados sistemáticamente al PC” eran construidos como un factor de desestabilización de la transición. Esta interpretación hegemonizó la línea editorial de *Río Negro*. Tras la derrota del oficialismo, la escena informativa se reconfiguró: emergieron las disputas entre “duros” y “blandos”, silenciadas en los días previos al plebiscito, mientras el empresariado se erigía en una voz que brindaba certidumbre al garantizar la continuidad económica en la transición.

La escena informativa se transformó al desplazarse hacia la Norpatagonia. Allí el clima de polarización dio paso a uno hegemonizado por el rechazo a la continuidad de Pinochet. Este consenso se plasmó en las páginas del diario, tanto a través de notas que daban cuenta del acompañamiento a las múltiples actividades y actos organizados por los distintos colectivos de migrantes chilenos, todas ellas a favor

del No, como de las manifestaciones públicas de los partidos políticos y organizaciones gremiales locales, las cuales se inscribían en un ideario latinoamericanista que veía en Chile otro escenario en el que se jugaba el proceso de democratización e integración regional. En todos los casos, se evidenciaba también un rescate del presidente Salvador Allende en tanto figura que condensaba dichos procesos. Esto contrastaba con las lecturas sobre el pasado que predominaron fuera del espacio norpatagónico.

En este sentido, el discurso oficial de la dictadura establecía un caos primigenio generado por el gobierno de Allende, del cual había sido salvada la sociedad chilena gracias a la oportuna y heroica intervención de sus Fuerzas Armadas. Esto no solo permitió asestarle una dura derrota al marxismo internacional, sino también iniciar un proceso de modernización y crecimiento continuo de la economía. La base de esa lectura sobre el pasado reciente fue la que predominó en las páginas del diario, incluso en discursos que se oponían a la continuidad de la dictadura, pero sin cuestionar el golpe ni las políticas económicas que implementó. Las críticas se centraron en el autoritarismo del régimen, las violaciones a los derechos humanos y, fundamentalmente, en la necesidad de adaptarse a un contexto mundial que había dejado de regirse por la lógica de la Guerra Fría. Por su parte, sectores de la oposición “moderada” elaboraron un discurso que construía un pasado de enfrentamientos entre dos “extremismos violentos” y una sociedad ajena a una dinámica de la que era víctima. Si bien existieron voces que rescataron la figura de Allende o de algunos aspectos de la experiencia de la Unidad Popular, estos fueron fundamentalmente de naturaleza personal y no política, o en el caso del gobierno, los aspectos que se destacaban acababan asemejándolo a cualquier gestión socialdemócrata europea de principios de los ochenta, omitiendo toda referencia que pudiera invocar a la época de los sesenta y setenta²⁶.

En este marco, *Río Negro* sostendrá una línea editorial crítica al dictador y a sus intentos de travestirse en demócrata para garantizar su continuidad, a la vez que destacaba sus “logros” en materia económica e incluso planteando, no siempre en forma explícita, la “inevitabilidad” del golpe ante el caos de la Unidad Popular. Esta ponderación del programa neoliberal trasandino tenía su correlato en la crítica al “populismo” vernáculo, el cual comprendía todo aquello que era identificado como un obstáculo para la “modernización”. Desde la perspectiva de este medio, el “fracaso” de todas las alternativas a la versión neoliberal del capitalismo, tanto del socialismo real como del Estado Benefactor, solo dejaban dos alternativas: “crecimiento injusto” o “estancamiento igualitario”. Frente a estas opciones, la dictadura chilena emergía como ejemplo exitoso de un crecimiento que profundiza las desigualdades sociales.

²⁶ Afirma Claudia Gilman que, en términos de una historia de las ideas, una época se define como un campo de lo que es públicamente decible y aceptable en cierto momento de la historia, más que como un lapso temporal fechado por puros acontecimiento (2003).

Bibliografía

- Almonacid, Fabián., 2017. "Neoliberalismo en Chile y en la Argentina: un estudio comparado de sus manifestaciones regionales entre 1989-2015". En P. G. Núñez, B. Matossian, M. Tamagnini, C. Odone Correa, & A. Núñez (Eds.), *ARAUCANIA-NORPATAGONIA II. La fluidez, lo disruptivo y el sentido de la frontera*. Viedma: Editorial UNRN.
- Angenot, Marc. 2010. *El discurso social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Apiolaza, Pablo Rubio. 2022. *Por los ojos del águila: La transición democrática chilena vista desde el gobierno de los Estados Unidos (1981-1994)*. Santiago: Catalonia.
- Azcoitia, Alfredo. 2017. "Argentina frente al gobierno de Allende, la mirada del diario *Río Negro*". *Estudios Fronterizos*, 18 (36): 102-125, doi: 10.21670/ref.2017.36.a05
- _____. 2022. "Cabalgando la historia con el diario *Río Negro*. Cambios y desplazamientos discursivos en torno al desarrollo y la relación con Chile (1960-1996)". *Historia Regional*. Sección Historia. ISP N° 3, Villa Constitución, Año XXXV, N° 47, Julio-Diciembre. 1-22.
- Battaglini, Jorge. 2013. "La Argentina desde 1983: un caso de desmilitarización del sistema político". *Revista SAAP* 7: 265-273.
- Bergonzi, Juan Carlos. 2004. *Periodismo en la Patagonia. Cambios en la presentación escrita y visual del diario Río Negro 1980/2000*. Neuquén: Publifadecs.
- Borrat, Héctor. 1989. *El periódico, actor político*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Correa Sutil, Sofía. 2018. "Las Negociaciones en torno al No y la transición consensuada". *Revista Anales*, séptima edición, N° 15.
- Chouliarakis, Lilie y Fariclough Norman. 1999. *Discourse in Late Modernity. Rethinking Critical Discourse Analysis*. Edimburgo: Edinburgh-Cambridge University Press.
- Ertola, Fabiana. y Schierloch, Melina Soledad. 2019. "La Norpatagonia entre exilios y retornos argentinos y chilenos. Un proceso regional en clave comparada (1973-1990)", en Camino Vela, F.; Carrizo, G. y Moroni, M. (Coord.) *Las transiciones a la democracia en sus actores. Reflexiones desde la Patagonia*, Rosario: Prohistoria. 139-169.
- Fernández, Isabel y Santana, Fernanda. 2000. *Estado y Medios de Comunicación en la España Democrática*. Madrid: Alianza.
- Franco, Marina. 2015. La "teoría de los dos demonios" en la primera etapa de la postdictadura, en Franco M. y Feld C. *Democracia, hora cero: actores, política y debates en los inicios de la postdictadura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Garcés, Mario. 2010. "Actores y disputas por la memoria en la transición siempre inconclusa". *Revista Ayer* 79: 143-169.
- García González, C. 2006. "El peso de la memoria en los inicios de la transición a la democracia en Chile (1987-1988)". *Historia* (Santiago) 39 (2): 431-475.
- García Gutiérrez, Cristina. 2015. "Exportando democracia: la implicación española en el plebiscito chileno de 1988". *Revista Historia Social y de las Mentalidades* 19 (1): 63-68.
- Gatica, Mónica. 2013. *¿Exilio, migración, destierro? Trabajadores chilenos en el noreste de Chubut 1973-2010*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Gilman, Claudia. 2003. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Jelin, Elizabeth. 2017. *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lastra, Soledad. marzo 2017. "Dictaduras y retornos del exilio. Chile y Argentina en perspectiva comparada". *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* 4 (7): 120-135.
- Lechner, Norberto. 1986. "De la revolución a la democracia", *Sociología*, Año 1 Nro. 2.: 27-39
- Maingueneu, Dominique y Charaudeau, Patrick 2005. *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Fontcuberta, Mar de y Borrat, Héctor. 2006. *Periódicos: Sistemas complejos, narradores en interacción*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: La Crujía Ediciones.
- Martín Rojo, Luisa. 1997. "El orden social de los discursos". *Discurso* 21/22: 1-37.
- Moulian, Tomás. 1997. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: Lom Ediciones.
- Moyano, Cristina. 2011 "Diálogos entre el exilio y el interior. Reflexiones en torno a la circulación de ideas en el proceso de renovación socialista, 1973-1990". *Revista Izquierdas*: 31-46.
- O'Donnell, Guillermo. y Schmitter, Philippe.. 1991. *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. T. 4. Buenos Aires: Paidós.
- Power, Margaret. 2008. *La mujer de derecha. El poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964, 1973*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Rodríguez, Jesús. 2011. *El caso Chile. La Guerra Fría y la influencia argentina en la transición democrática*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Capital Intelectual.
- Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. 2010. *Historia Contemporánea de Chile III. La economía: mercados, empresarios y trabajadores*. Santiago: LOM Ediciones.

Valle, María Ytati 2020. *Batallas culturales. Hegemonía y política cultural entre Nación y Río Negro (1973-1983)*, Ciudad de Buenos Aires, Prometeo Libros.

Verón, Eliseo. 1987 “La palabra adversativa”. En: AA. VV. *El discurso político*. Buenos Aires: Hachette.

FUENTES:

Diario *Río Negro*, 1988

Instituto Verificador de Circulación. IVC. Consultado el 3 de marzo de 2026. <https://www.ivc.org.ar/>.

